

**Pablo Whipple**

***“La gente decente de Lima y su resistencia al orden republicano.  
Jerarquías sociales, prensa y sistema judicial durante el siglo XIX”***

**Instituto de Estudios Peruanos y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana,  
Lima, 2013, 220 págs.**

Aportando a las nuevas propuestas en torno de “*des-caudillizar*” la temprana República peruana del siglo XIX, el estudio de Pablo Whipple ofrece un análisis del rol de la elite limeña en la formación del Estado Nacional, por medio de su resistencia al nuevo orden republicano y los cambios que éste traería en la lógica de ciertos ordenamientos sociales y la exclusividad de los beneficios de la “gente decente”. Y es que para entender integralmente este nuevo período fundacional, es necesario desviar la vista de sólo los conflictos militares y apreciar el accionar de los distintos sectores de la sociedad.

A través del análisis de lo que se entiende por “decencia” en dos momentos históricos distintos –la colonia y la República–, el autor consigue perfilar el discurso de resistencia abrazado por la elite, quien a través de distintos mecanismos, tales

como la desobediencia al accionar de la policía contra las apuestas, los “remitidos” en la prensa y la “orgía periodística”, la “cultura del pleito” y sus “ganchos o duendes, el empeño y los pleiteros” y el uso consuetudinario y generalizado de la “chicana”, supo hacer frente a los nuevos ideales ilustrados y meritocráticos que pretendía instalar la República, los que a sus ojos se presentaban como una amenaza para su condición privilegiada de gente decente y superioridad moral heredada desde la época colonial.

En su primer capítulo, ‘*De la decencia colonial a la republicana*’, realiza un recorrido por las distintas significaciones de las que ha sido depositario el concepto de decencia, escudriñando en las adaptaciones que éste sufrió frente al reclamo de exclusividad alzado por la elite hispana, la que instaba a establecer claras diferencias entre ella y la

plebe, coronando como paradigma la diferenciación sociorracial. El drama se desencadenaría entonces con la nueva propuesta borbona de decencia, sustentada en los ideales ilustrados de obediencia, higiene, méritos personales, entre otros.

Para ejemplificar el choque entre el ideal de decencia colonial custodiado por la elite y el republicano, Whipple revive en su segundo capítulo, *'Vicios coloniales, virtudes republicanas'*, el conflicto ocasionado con los intentos de las autoridades por extirpar los males heredados del anterior régimen, con especial atención en las apuestas. Mientras la policía debía regular esta situación, la elite se justificaba con sus credenciales de decencia y superioridad moral, solicitando enérgicamente que el control recayera sobre los sectores populares. Queda al lector juzgar quién ganó la apuesta, toda vez que las multas cursadas fueron asumidas por las casas de juego de reconocidas personalidades como un impuesto más, que les permitía continuar el ejercicio de sus entretenimientos. Así, ni el nuevo reglamento de policía, ni el reemplazo de intendentes, pudieron dar exitoso cumplimiento al pretendido control republicano.

En el capítulo *'La gente decente y la prensa ilustrada'*, se descubre lo que se ha denominado como "orgía periodística", situación acontecida en la prensa escrita limeña donde la sátira anónima, que denuncia conflictos privados y critica a las autoridades,

se toma el escenario central. A pesar del corte ilustrado que los diarios declaraban tener como línea editorial, paradójicamente las temáticas alejadas de éste fueron las que sustentaron la existencia de la prensa. Así se evidencia en su cuarto capítulo, donde describe la realidad de los dos periódicos más importantes de la época en Lima: *El Mercurio Peruano* y *El Comercio*. El primero daba protagonica cabida a los "remitidos" –escritos muchas veces anónimos enviados por cualquier persona acusando o denunciando, muchas veces en tono poco amigable, grosero e injurioso, a autoridades y otras personalidades, ventilando litigios, irregularidades o conflictos personales. Mientras que el segundo se dedicaba en un inicio netamente a materias comerciales, debiendo cambiar luego radicalmente su línea editorial, pasando a publicar exclusivamente estos comunicados que aseguraban su financiamiento. Sin duda, existieron muchas voces que se opusieron a este burdo exceso de injurias, no obstante, gran parte de la elite terminó entrando en el juego, ya sea para defender su honor o desacreditar a otros. En este punto, resalta el autor, que la finalidad central de estos remitidos era ser un vehículo para presionar a distintas instituciones en pos del reconocimiento de las diferenciaciones sociorraciales que elevaban a la elite.

Cabe preguntarse entonces, ¿cuáles fueron esas instituciones que

se pretendían influenciar?, lo que es comprendido en su quinto capítulo, *'Los remitidos y la cultura del pleito'*. El autor propone allí que los remitidos jugaron un rol complementario de la acción judicial, por medio del cual la denominada gente decente apelaba en su condición de tal a la opinión pública para intervenir en los fallos de jueces, desacreditando a la otra parte o incluso a los mismos magistrados. Otra propuesta interesante que es desarrollada es que la sociedad limeña habría vivido inmersa en una "cultura del pleito", donde las disputas legales obtenían toda la atención de los ciudadanos. Así, por medio de "ganchos o duendes", personajes instigadores que andaban a la caza de información, del "empeño", mecanismo de presiones ante las autoridades para revocar medidas o conseguir direccionar los juicios a favor de una parte, y de los "pleiteros", intermediarios entre las Cortes y los litigantes cuyo fin era conseguir ventajas y sentencias favorables, como se grafica en el sexto capítulo, la gente decente iba socavando los cimientos de la nueva institucionalidad republicana, dando vida a una cultura pleitista donde los remitidos eran el canal de expresión predilecto de la elite.

Todo esto fue posible dentro de un *'Sistema judicial ambivalente'*, como lo plantea su séptimo capítulo. A pesar de que la oficialidad apostaba por un orden y razonamiento liberal, intentando hacer frente a las denuncias

de irregularidades y corrupción con reformas al sistema judicial, coexistió una práctica informal en la que se daba cabida a múltiples y cómodas interpretaciones de la ley a favor de ciertas personas, además de las intervenciones que la gente decente animaba a diario por medio de los mecanismos y personajes recién descritos, generándose así un sistema que guardaba mucho de colonialista y que convivía con el sistema judicial formal, la denominada "chicana".

Pablo Whipple entrega con su libro una nueva propuesta de análisis para los primeros momentos de la República peruana, proponiendo un novedoso enfoque al utilizar como punto de partida el concepto de decencia de la elite, el que entra en conflicto con el nuevo proyecto de Estado, sintiéndose ésta una víctima de la nueva institucionalidad, ante lo cual utilizará diversos mecanismos para salvaguardar la diferenciación sociorracial que sustenta su existencia y el reconocimiento de su superioridad moral. Así, el autor se desentiende de aquel análisis que pone a los conflictos caudillistas como paradigma para apreciar y explicar los tambaleantes pasos de la naciente República, y reposiciona y visibiliza el hecho de que en el proceso de modernización hubo mucho de reforzamiento y resistencia de lo colonial, que se negaba a desaparecer.

Tal y como se describe en un inicio y al termino del libro, al baile de

conmemoración de la independencia organizado en el Palacio Presidencial, acudió la ambigüedad limeña en pleno. De gala entró la elite decente reconocida como tal, brindando incluso con sus perseguidores republicanos. Era el cuadro perfecto que graficaba la transición desde la época colonial, con su decencia sustentada en la moralidad por origen sociorracial, a la República, cuyos ideales de méritos y virtudes individuales supieron ser moldeados por la elite adaptándolos a su tallaje y

estilo. La prensa y el sistema judicial, con su pseudo aire ilustrado, recibían como anfitriones a los invitados, amenizando de fondo tonadas que mucho hacían recordar cuando existían un rey y una reina. Esta era la bienvenida al ‘nuevo’ Estado Nacional Republicano.

PAULETTE AGUILERA SALAZAR  
UNIVERSIDAD DE SANTIAGO  
DE CHILE